

rayos y anathemas: es necesario que la Iglesia trueque y fulmine. ¿Dios mio! ¿Es posible que la tibieza de los Christianos haya reducido á vuestra Iglesia á que haga una ley expresa para mandarlos que participen de vuestra Carne y Sangre? ¿Que ha de haber sido preciso valerse de penas y amenazas para llevarlos al Altar, y obligarlos á que se sienten á vuestra mesa? ¿Que la mayor felicidad del hombre en la tierra haya llegado á ser para él el mas penoso precepto? ¿Que el mas glorioso privilegio con que pudisteis favorecer á los hombres, haya llegado á ser para ellos un tormento y una violencia? ¿Oh Señor! ¿Quando disteis á la Iglesia el poder de atar, esperabais que tuviese que emplearle en este uso? ¿Estaba por ventura destinada su autoridad á traer por fuerza sus hijos al Altar, ó á separar de él á sus enemigos? Otros llegan con un corazon torpe, con un gusto estragado, con una alma toda de hielo. Gentes que viven en el comercio de los deleytes y de los Sacramentos: que se sientan á la mesa de Satanás y á la de Jesu-Christo: que tienen unos dias destinados para el Señor, y otros para el siglo: gentes á quienes una Comunión no les cuesta mas que un dia de molestia y de cuidado; que en este dia no juegan, no miran, no se dán al público, no maldicen, no frecuentan las concurrencias: pero este régimen no dura mucho tiempo; toda la devoción acaba con la solemnidad del dia; es una acción de pura ceremonia; quedan satisfechos con esta corta suspensión; vuelven tranquilamente á sus primeros caminos, porque antes habian hecho consigo mismos este pacto; viven con tranquilidad en esta pacífica mezcla de lo profano y sagrado: los Sacramentos nos calman acerca de los placeres; los placeres, para que nuestra conciencia esté mas sosegada, nos conducen á los Sacramentos, y somos medio buenos, para poder ser mundanos sin escrupulo. De este modo vamos al Altar con un
gus-

gusto estragado con las diversiones y alegrías del siglo, con el émbarazo de los negocios, y con el tumulto de las pasiones: no percibimos las inesfables dulzuras de esta celestial vianda; hallamos aun al pie del trono de la gracia las imagenes de los placeres de que acabamos de salir; los intereses que nos ocupan, los proyectos que nos embarazan, las ideas que nos apartan del altar para mas estrecharnos con el mundo, hacen en nuestro corazon impresiones mucho mas vivas que la presencia de Jesu-Christo. Pero Señor; no era contra estos monstruosos Christianos contra quienes indignado vuestro Profeta os decia en otro tiempo: *Ah, Señor, sea para ellos vuestra mesa un lazo, un castigo, y una piedra de escandalo?* (a)

En segundo lugar. Comulgar en memoria de Jesu-Christo es querer despertar con la presencia de esta prenda soberana toda la impresion que su memoria puede hacer en un corazon que le ama. La ausencia entibia las mas finas amistades; preveía Jesu-Christo, que subiendo á los cielos olvidarian insensiblemente sus discipulos sus beneficios y divinas instrucciones. No estuvo Moysés mas de quarenta dias en el monte, y ya no se acordaban los Israelitas de los prodigios que habia hecho para sacarlos de Egipto. ¿Qué se ha hecho Moysés? se decian unos á otros; hagamos unos Dioses que vayan delante de nosotros, y nos defiendan de nuestros enemigos. Jesu-Christo, para remediar estas inconstancias del corazon humano, quiso quando subió á la Sion celestial dexarnos una prenda de su presencia; ésta quiere que nos sirva de consuelo en su ausencia; en ella debemos hallar la mas viva memoria de sus maravillas, de su doctrina, de sus beneficios, de sus
Di-

(a) Psalm. 68. v. 23.

Divina persona: en ella, baxo de misteriosas señales, le vemos nacido en Bethlem, educado en Nazareth, conversando con los hombres, y recorriendo las ciudades de Judea, haciendo señales y prodigios, que ninguno antes habia hecho, llamando para que le siguiesen á unos toscos discipulos, para hacerlos Maestros del mundo, confundiendo la hipocresía de los Pharisios, anunciando la salud á los hombres, dexando en todas partes señales de su poder y de su bondad, entrando triunfante en Jerusalén, llevado al Calvario, espirando en una Cruz, vencedor de la muerte y del Infierno, llevando consigo al cielo á los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y formando despues su Iglesia con la efusion de su espíritu; y la abundancia de sus dones: en una palabra, allí le hallamos en todos sus Misterios.

Envidiais, dice San Juan Chrisóstomo, la suerte de la Hemorroisa que toca sus vestiduras: de una pecadora que baña sus pies con sus lágrimas; de las mugeres de Galilea, que tuvieron la felicidad de seguirle y servirle en los caminos de su ministerio; de sus discipulos con quienes trataba familiarmente; de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de gracia y de salud que salieron de su boca; llamais felices á los que le vieron; Quantos Reyes y Profetas lo desearon en vano! Pero, Católicos, venid al Altar, le vereis, le tocareis, le besareis santamente, le bañareis con vuestras lágrimas, y aun le llevareis en vuestras entrañas, como Maria Santísima en las suyas. Nuestros padres iban á la tierra Santa á adorar las huellas de sus pies, y los lugares que habia consagrado con su presencia. Aquí, les decian, propuso la Parábola del buen pastor, y de la oveja perdida; aquí reconcilió á la muger adúltera; aquí consoló á la pecadora; aquí consagró las bodas, y los festines con su presencia; aquí multiplicó los panes para sustentar al

pue-

pueblo hambriento; aquí impidió el que sus discipulos hiciesen baxar fuego sobre la ciudad pecadora; aquí se humilló hasta conversar con una muger de Samaria; aquí permitió que los niños anduviesen al rededor de él, y reprehendió á los que querian apartarlos: aquí dió vista á los ciegos, pies á los cojos, libertó á los energúmenos, hizo hablar á los mudos, y oír á los sordos: Con estas palabras nuestros padres, arrebatados de un santo gozo, derramaban lágrimas de ternura y devoción sobre aquella tierra feliz: aquel espectáculo, aquellas imagenes les acordaban el tiempo, las acciones, los Misterios de Jesu-Christo; alentaban su fervor, y consolaban su fé; los pecadores hallaban allí una suave confianza, los flacos una nueva fuerza, y los Justos nuevos deseos.

Católicos, no hay necesidad de pasar los mares, cerca de vosotros teneis la salud. La palabra que os predicó entrará, si quereis, en vuestra boca, y en vuestro corazon. Abrid los ojos de la fé, mirad estos Altares, mirad que no son lugares á quienes Jesu-Christo consagró en otro tiempo con su presencia, mirad que es el mismo Jesu-Christo, acercaos en su memoria. Venid, y avivad aquí lo tierno, lo penetrante, lo vivo de vuestro corazon para con este Divino Salvador. La memoria de su piedad, que no sufria el romper una caña ya cascada, ni apagar una lámpara que aún humeaba, calmará vuestros furores é impaciencias. La memoria de sus trabajos y penosa vida confundirá vuestro regalo. La memoria de su modestia y humildad, que le hizo huir quando quisieron hacerle Rey, curará vuestras vanidades, vuestros proyectos, vuestras frívolas pretensiones. La memoria de su ayuno quadragesimario os desengañará de las falsas razones que alegais para quebrantar el vuestro, ó para mitigarle. La memoria de su zelo contra los profanadores del Templo, os enseñará el respeto y temór con que debeis entrar en él. La memoria de la simplicidad y frugalidad de

sus

sus costumbres, condenará las vanas superfluidades, y los excesos de las vuestras. La memoria de su retiro, de su oracion, os enseñará á huir del mundo, y á retiraros algunas veces á lo mas escondido de vuestras casas para pasar á lo menos algunas horas del dia en el indispensable exercicio de la oracion. La memoria de su amor, de su compasion para con un pueblo hambriento, os dará entrañas de caridad para con los infelices. La memoria de sus santas conversaciones os instruirá para conversar con inocencia, santidad, y utilidad con los hombres. En una palabra, la memoria de todas sus virtudes mas viva entonces, y mas presente al corazon, y al espiritu, os corregirá de todos vuestros desordenes. Esto es lo que se llama comulgar en su memoria.

Pero llegar todos los dias al Altar con las mismas flaquezas, familiarizarse con la Carne de Jesu Christo, de modo que no excite en nosotros sentimientos nuevos, y nos dexé en el mismo estado que estabamos; sustentarse con una vianda Divina, y no creer; acercarse con frecuencia á este horno ardiente; y no poder calentar vuestra tibieza; presentarse con unas culpas mil veces detestadas, sin acabar de aborrecerlas; con unos habitos de imperfeccion, que aunque leves en sí, no lo son, atendida la pasion é inclinacion que hace nos sean inevitables, y la circunstancia de el Sacramento que nos exponemos á profanar: hacer profesion de la piedad, de huir del mundo, estar casi siempre en compañía de las cosas santas, y haber formado como un punto fijo de virtud, sin pasar de allí jamás; andar continuamente repitiendo las mismas Confesiones y recáidas; no estar mas adelantados en la virtud que al principio; despues de muchos años de exercicios de piedad, haber retrocedido, y aflojado mucho de el primer fervor; usar continuamente de este Divino remedio, sin experimentar

tar alivio en nuestros males; amontonar Sacramento sobre Sacramento, si es licito decirlo así; sin desocupar nunca el corazon para hacer lugar á esta celestial vianda; mantener envidias, rencores, delicadezas, aficiones ocultas, aborrecimiento á la mortificacion, deseos de agradar, de introducirse, de llegar á conseguir; hacer costumbre de las diversiones, de hablar con libertad de los proximos, de usar de alegrías desordenadas, y desahogos absolutamente mundanos, de pensamientos profanos, movimientos vanos, rodeos agenos de la sinceridad, disfraces que se familiarizan con la mentira, impaciencias y ruidos; cultivar unas amistades, que aunque cubiertas con el velo de piedad, solo las formó y las mantiene la inclinacion; ser extremadamente zeloso de su gloria, de sus intereses, de sus derechos; ponerse en arma al mas ligero desprecio, sin poder sufrir ni aún el mas leve desayre; cuidar infinitamente de sí mismo, y buscar su estimacion en un adorno simple y modesto; anhelar por su comodidad, acaso con mas cuidado que una alma mundana; y con todo eso sustentarse con el Pan de los Angeles, ¡oh Dios mio! Cosas son todas capaces de hacernos temblar.

¿No es comer indignamente este Pan, el comerle con tantas flaquezas é imperfecciones? ¿Quién, Señor, sino Vos, sabe lo que nosotros somos? Esto no es comulgar en vuestra memoria; el dia de la cuenta se manifestarán muchas obras, al parecer justas, como un lienzo manchado en vuestra presencia; muchos de los que habian profetizado en vuestro nombre serán despreciados; en este estado todo debe temerse. A Pedro no le admitís á vuestra Cena hasta despues de haberle lavado los pies, no obstante haberos asegurado que estaba limpio. Apartais á la Magdalena, y la prohibís el que se acerque quando salís del Sepulcro, porque el principio de su fervor era aún un gusto demasiado sen-

sible, no obstante que os habia amado mucho, y habia lavado vuestros pies y sus pecados, con sus lágrimas: y nosotros, Señor, llenos de miserias, faltos de sinceros frutos de penitencia, criados en el regalo y sensualidad, tibios y sin gusto, fijos en un cierto estado de piedad flaca é imperfecta, fundada más en la costumbre, y en los empeños de una profesion santa, que en vuestra gracia, y en una fé viva y sólida, hacemos pasto ordinario de vuestro Cuerpo: ¡Qué abismos, Señor! ¡Quántos delirios habrá acaso en nosotros, que ahora los ignoramos, de los que no nos arrepentimos, los que infinitamente multiplicamos, y que son como el tronco en que ingerimos otras nuevas profanaciones! ¡Qué abismos, vuelvo á decir, y qué terribles secretos nos hará manifiesto vuestra luz en el terrible dia de la cuenta! ¡Qué soy yo en vuestra presencia, Dios mio! Yo no puedo, ni agradaros, ni desagradaros con tibieza; mi condicion no permite estos estados, que son como un medio entre la inocencia y el pecado: si no soy santo, soy un monstruo: si no soy un vaso de honor, soy un vaso de ignominia: si no soy Angel de luz, no hay que dudar, soy Angel de tinieblas; y si no soy Templo vivo de vuestro Espiritu, soy su profanador. ¡Oh Dios mio! y qué motivos tan poderosos son estos para velar, para cuidar de mi mismo, para ser circunspecto, para temblar al acercarme á vuestros Altares, para humillarme, para llorar, y para compungirme, esperando á que vuestros adorables juicios se manifiesten! Pero no basta, Católicos, el comulgar en memoria de Jesu-Christo, y acordarnos de su vida; es necesario tambien, y es la ultima disposicion, acordarnos de su muerte, y anunciarla siempre que comemos su Cuerpo, y bebemos su Sangre; y esto es lo que se llama fé generosa que nos hace sacrificar.

Quarta Reflexion. Siempre que comiereis el Cuerpo del Señor, ó bebiereis su Sangre, anunciareis su muer-

muerte hasta que venga. ¿Qué significa esta sentencia? En el sentido literal se anuncia su muerte, porque este Misterio fue prelude de su pasion; porque Judas formó entonces la última resolution de entregarle: porque Jesu-Christo, deseoso de sufrir el Bautismo de sangre con que habia de ser bautizado, previno el cumplimiento, y anticipadamente se inmoló á sí mismo con la mistica separacion de su Cuerpo y de su Sangre; porque la Eucaristia es el Sacrificio permanente de la Iglesia, y la plenitud y fruto del de la Cruz; y finalmente, porque Jesu-Christo está en él como muerto; pues tiene boca, y no habla; ojos, y no usá de ellos; pies, y no anda. Pero, Católicos, en este estado, tanto el impio como el Justo, anuncian su muerte siempre que comen su Cuerpo: reciben el Misterio, pero no el mérito; esta es naturaleza del Sacramento, y no privilegio del que le recibe; es efecto de su institucion, y no disposicion para recibirle. El fin, pues, del Apostol es precaver el abuso, enseñar á los fieles á comer dignamente el Cuerpo del Señor, y manifestarles en los Misterios que encierra este Sacramento, las disposiciones que pide. Hay, pues, un modo de anunciar la muerte del Señor, que pasa en nuestros corazones, que nos dispone y nos prepara, que acostumbra la situacion de nuestra alma á la naturaleza de este Misterio, que nos hace llevar en nuestro cuerpo la mortificacion de Jesu-Christo, y que nos ofrece y sacrifica con él. Volvamos, pues, á tomar todas las razones que hemos apuntado, y mudemos la letra en espiritu.

Primeramente, se anuncia la muerte del Señor, porque este Misterio fue prelude de su pasion. En los primeros tiempos la Eucaristia era un prelude del martirio; desde el instante que se declaraba el furor del Tirano, y empezaba á levantarse la persecucion, todos los fieles corrian á fortalecerse con este Pan de vida, llevaban á sus casas este precioso depósito, y tenien-

do á la vista esta preciosa prenda de su inmortalidad, no les parecia tan terrible la muerte, y aun la deseaban; y los inefables consuelos que la presencia de Jesu Christo, oculto baxo los místicos velos, derramaba ya en sus almas, les hacia suspirar por aquel torrente de delicias con que embriagará á sus escogidos quando le vean cara á cara. Encarcelados, cargados de prisiones como malhechores, aunque el mundo no era digno de ellos, ocultaban cuidadosamente en su seno la divina Eucaristía; se sustentaban con la esperanza del martirio; engordaban con esta celestial vianda como víctimas preparadas, para que su sacrificio fuese mas agradable al Señor: las Vírgenes castas, los Fieles fervorosos, los Ministros santos, todos participaban juntos en los calabozos del Pan de bendicion: de este modo todos estaban alegres entre las cadenas, y serenos en aquellos lugares oscuros: cantaban cánticos de acciones de gracias en aquellas lúgubres moradas, en las que no hallaba la vista sino tristes imagenes de la muerte, y preparativos de los mas crueles suplicios. Quántas veces decian á Jesu-Christo, á quien tenian presente en aquel adorable Sacramento: Señor, pues estais entre nosotros no temeremos los males; no tendremos miedo aunque nos veamos rodeados de Exércitos enteros; nuestros enemigos podrán perder nuestros cuerpos, pero Vos los hareis gloriosos é inmortales; ¿pero quién podrá perder á los que os entregó vuestro Padre? Felices son estas cadenas, pues vos ayudais á llevarlas; santas son estas prisiones, pues las consagrais con vuestra presencia; amables son estas tinieblas, pues en ellas llenais nuestras almas de tantas luces; preciosa es la muerte que vá á unirnos con Vos, y á rasgar los velos que os ocultan á nuestra vista. Con estas reflexiones, ¿qué valor no experimentaban en los tormentos! Llenos de la Carne de Jesu-Christo, teñidos con su Sangre, salian, dice el Chrisóstomo, de sus calabozos,

zos como Leones aun ensangrentados, y sedientos de tormentos y muertes: volaban á los cadahalsos, se presentaban en ellos con una santa valentía, miraban á una y otra parte con constancia y magnanimidad, atemorizando aun á los mas bárbaros tyranos, y desarmando á los mismos verdugos. Anunciaban, pues, la muerte del Señor, disponiendose para el martirio.

La paz de nuestros siglos, y la religion de nuestros Soberanos, no nos permiten esta esperanza; ya no es la muerte la recompensa de la Fé, ni la Eucaristía hace Mártires; ¿pero no tenemos por ventura tyranos domésticos? ¿Acaso nuestra Fé debe solo temer á los tyranos? ¿No hay martirio de amor como de sangre? Católicos, una alma fiel, al acercarse al Altar suspira por la disolucion de su cuerpo terrestre: porque ¿cómo es posible que ame esta vida al mismo tiempo que anuncia la muerte de Jesu-Christo, y quando en estos signos místicos considera su salida del mundo para ir á buscar á su Padre celestial? Quejase de lo dilatado de su destierro; llega al pie del Santuario con un espíritu de muerte y de martirio. ¡Oh, Señor! dice, pues Vos estais muerto y crucificado para el mundo, ¿por qué me deteneis en él? ¿Qué puedo yo hallar en la tierra que sea digno de mi corazon, no estando Vos en ella? El mismo misterio que con vuestra presencia pudiera consolarme, me hace acordar de vuestra muerte; esos velos con que os ocultais son artificio de vuestro amor, y solo os escondeis para despertar en mi corazon el deseo de vero: claramente. Criaturas vanas, ¿qué otra cosa hallo en vosotras, sino una abominable privacion del Dios que busco? ¿Qué me respondeis quando mi corazon engañado se vuelve hácia vosotras para calmar sus inquietudes? Volveos, me decís, al que nos hizo, nosotras gemimos esperando á que venga á librarnos de esta triste esclavitud que nos hace servir á las pasiones, y á los errores de los hombres, no

le busques entre nosotras, porque no le hallarás: ya resucitó, y no está aquí: si alguna vez se manifiesta, es para morir todos los dias; recoge los deseos y afectos que querias entregarnos, y envialos hácia el cielo: nos han robado al Esposo; ya la tierra no es para el Christiano mas que una morada de suspiros y lágrimas; esto es lo que nos responden. ¿Pues qué es, Señor, lo que me detiene en la tierra? ¿Cuáles son los lazos y los encantos que pueden unirme al mundo? Inquieta en los placeres, impaciente con la ausencia, enfadado de las conversaciones y comercio de los hombres, atemorizado con la soledad, sin gusto para el mundo, sin gusto para la virtud, executando el mal que aborrezco, y sin practicar el bien que quisiera executar; ¿qué es lo que me detiene? ¿Quién dilata la dissolution de este cuerpo de pecado? ¿Qué es lo que me impide volar con alas de paloma al monte santo? Bien conozco, Señor, que seria esto para mí una gran dicha; entonces podria continuamente sustentarme con este Pan delicioso: yo no experimento verdadera alegría sino al pie de los Altares; allí gozo de los mas felices ratos de mi vida, pero duran muy poco; es necesario volver inmediatamente á experimentar las molestias y enfados del siglo: ¿He de vivir apartada de Vos por mucho tiempo? No, Señor, no hay felicidad perfecta en la tierra, y la muerte es suave á quien os ama.

¿Son estos nuestros pensamientos, Católicos, quando llegamos al Altar? ¿Dónde están ahora aquellos Christianos, que como los primeros Fieles esperan la dichosa esperanza, y apresuran con sus suspiros el fin de su destierro, y la venida de Jesu-Christo? Esta es una piedad tan fina, que ya no se conoce; es un idioma casi de contemplativos; pero no obstante, es el fundamento de la religion, y el primer paso de la Fé; miramos la necesidad de morir como una pena cruel; la

sola idea de la muerte, que tanto consolaba á nuestros padres, nos hace estremecer; el fin de la vida es el termino de nuestros placeres, habiendo de ser el de nuestras penas; la mantenemos á expensas de la Ley de Dios, y de las obligaciones que nos impone la Iglesia: los cuidados que molestan al cuerpo son infinitos; en este punto son excesivas nuestras preocupaciones, y si alguna vez sucede el que deseemos la muerte, es por estar cansados de la vida, y de sus molestias: es por alguna desgracia, por alguna enfermedad habitual que nos molesta, por alguna mudanza en nuestros negocios, que no nos dexa esperar deleytes en el mundo, porque nos faltó un puesto que poseíamos, por una muerte, por un accidente, finalmente, por un disgusto, y un deseo de amor propio. Nos cansamos de ser desgraciados, pero no nos apresuramos por reunirnos á Jesu-Christo, y con todo eso vamos á comer la Cena del Señor, á renovar la memoria de su Pasion, y anunciar su muerte hasta que él venga; ¡qué indignidad!

En segundo lugar: anunciamos su muerte en este Misterio, porque en él formó Judas la ultima resolucion de entregarle. ¿Qué pide, pues, de nosotros esta memoria? Ah, Católicos! pide un fervoroso deseo de reparar con nuestras sumisiones la impiedad de tantas Comuniones monstruosas, que de nuevo crucifican á Jesu-Christo. ¿Cuántos pérfidos Ministros le ofrecen en todos los lugares en donde es conocido su nombre con manos sacrilegas? ¿Cuántos pecadores vengativos, mundanos, impúdicos, y ladrones, de todos pueblos, y de todas naciones, le reciben en sus profanas bocas? Debemos, pues, nosotros sentir los ultrages que allí padece Jesu-Christo; confundirnos en su presencia, contemplando que el mas señalado de sus beneficios es la ocasion de los mayores pecados; temblar por nosotros mismos; admirar su bondad, con la que por un corto numero de escogidos ha querido exponerse á las in-